

u n o

Dolor. La abuela Mencía sufre a mi lado. Tiene el brazo roto y noventa años. También tiene recuerdos, imágenes, voces y nombres que a veces se le confunden con lo no vivido. Y ternura. Y también silencio.

Dos camas. En una reposa la abuela, vieja y desmemoriada. Cuando se levanta, pierde los dientes. A veces mamá los encuentra en la basura. Entonces Mencía la mira y sonrío, aunque no sabe por qué.

Dos camas. En la otra yo, retorciéndome de dolor. Herpes zóster. Un zarpazo que me cubre el torso desde el ombligo a la columna. Fui al hospital creyendo que tenía una costilla rota. La doctora se rió cuando me vio la espalda.

—No es una costilla rota —dijo sin mirarme—. Es peor.

Al oeste de Menorca. Hoy es 8 de octubre.

—¿Qué haces, Bea? —me pregunta Mencía desde la cama de al lado.

—Escribo, abuela.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?

—Sí, para qué.

Sonrío. A los noventa años se pierde la vergüenza y, cuando desaparece la vergüenza, llegan las verdades incómodas, las faltas de todo.

—Para que alguien me escuche.

Me mira como si me viera por primera vez. Alarga la mano y, entre huecos y dientes, dice:

—Yo te escucho.

Dolor. El herpes se me enrosca como una culebra entre pecho y espalda, atrofiándome algún nervio. Dejo de respirar durante unos segundos y cierro los ojos. Pasará, me digo, intentando aliviar el latigazo que me controla corazón y mente como una mala historia de amor.

—Pasará —dice Mencía con un suspiro, llevándose la mano al brazo roto y parpadeando ella también de dolor.

—Ya lo sé.

Abre los ojos, alarga la mano y coge el vaso de agua que mamá repone sobre la mesita cada media hora.

—No, no lo sabes. Si de verdad lo supieras, te dolería la mitad.

Vaya con la abuela.

—Puede que tengas razón.

—La tengo. Noventa años de razón y un brazo roto —dice soltando una carcajada rasposa. Luego se persigna.

Vuelvo a lo mío, pero Mencía es testaruda y está aburrida.

—¿Entonces?

—Entonces qué.

—Pues eso. Que para qué escribes, si ya te escucho yo.

—No es lo mismo, abuela. No es lo mismo.

Se recoloca como puede los cojines tras la espalda y deja escapar un eructo.

—Ya lo sé.

Vuelve el silencio, un silencio opaco que interrumpe sólo el clic clac de las teclas del portátil contra este amanecer de otoño que se cuele por la ventana. Nos hace bien el silencio. Y el mar, este mar que se extiende hacia el infinito desde la ventana del dormitorio de mamá, como una alfombra de lana gruesa y azul.

—¿Quieres un poco de agua?

—No, abuela, gracias.

—¿Por qué no?

Suspiro hondo, intentando decidir si seguir concentrada en lo que no logro escribir o apagar el portátil y rendirme al caprichoso bombardeo de la artillería ligera de la abuela. Cuando levanto la mirada, mis ojos tropiezan con la figura cansada de mamá, que nos mira desde el marco de la puerta.

—Nos tienes abandonadas, Lía —dice Mencía, soltando una risilla de niña mala—. A mí no me queda agua, he tenido que colocarme yo sola las almohadas y Beatriz se ha puesto a escribir porque quiere que alguien la escuche. Menuda enfermera de mierda estás hecha —añade, guiñándome un ojo.

Mamá sacude la cabeza y sonrío.

—Menudo lenguaje. A tu edad.

La abuela se persigna.

—A mi edad el lenguaje me lo paso por el...

—¡Mamá!

Mencía me mira y sonrío sin dientes.

—Mema —suelta entre murmullos.

Mamá se hace la ofendida y se lleva las manos a la cara.

—¿Mema? ¿Yo? Muy bien, en cuanto te operen y salgas del hospital, te llevamos de nuevo a casa de Flavia. Que te aguante ella. A ver cómo te cuida.

Mencía me mira con cara de horror y empieza a persignarse de nuevo, esta vez a toda prisa.

—No, no, no... — repite una y otra vez, poniendo los ojos en blanco—. Con Flavia no, con Flavia no.

Mamá se acerca a ella, coge el vaso vacío de la mesita de noche y se va, dejándonos solas. Mencía vuelve a arañar el silencio con sus verdades a media asta.

—Tú no deberías estar aquí.

Me giro para mirarla.

—¿Cómo?

—Que no deberías estar aquí.

No digo nada. Pasan los segundos y ella vuelve a la carga.

—Si estás aquí es porque no tienes a nadie que te cuide, y eso es muy triste.

Enciendo un cigarrillo, a pesar de que ni siquiera he desayunado y de que noto su mirada furibunda taladrándome desde su cama.

—Muy triste, sí — repite—. Hay que estar muy sola para que a tu edad tenga que cuidarte tu madre cuando te pones enferma. ¿Tú no tenías un marido?

Doy una calada al cigarrillo y me armo de paciencia.

—Sí, abuela, pero está de viaje.

Se ríe entre dientes.

—Menudo marido tiene que ser si se va de viaje cuando estás enferma. ¿Cómo se llama?

—Arturo, abuela.

—Ah, sí. El abogado.

—Sí, el abogado.

—No me gustan los abogados.

—Pues tú a él sí le gustas.

—Me alegro por él.

Intento aguantar la risa, pero no lo consigo. Mencía me mira y, al verme reír, se desgrana ella también en un torrente de carcajadas cansadas. Siempre se nos dio bien reírnos

juntas. Verla reír me reconforta. Un nuevo latigazo de escorzor en la espalda me corta la risa en seco. Ella me mira desde su cama y cierra los ojos. Los abre a los pocos segundos y clava la mirada en la ventana.

—Tu hermana es anoréxica porque no sabe querer —suelta sin más, todavía con la mirada fija en el cristal—. Además, su marido tampoco me gusta. Hay que ver qué mal ojo tenéis para los hombres en esta familia.

Silencio de nuevo. Esta vez es un silencio cargado y feo que la abuela traza con su mal humor, perdida entre recuerdos y momentos desvividos con los años.

—Yo la primera —murmura justo cuando mamá vuelve a aparecer con dos vasos de agua y un zumo de naranja.

—¿Tú la primera? —pregunta mamá—. ¿La primera en qué?

—En equivocarme —escupe Mencía con cara de fastidio.

Mamá me mira con cara de póquer y se sienta a los pies de mi cama.

—¿Me he perdido algo? —pregunta con gesto cansado.

—Nada, hija —dice la abuela—. Cosas nuestras.

—¿Cómo que cosas vuestras? A ver, si empezamos con secretitos, os mando a cada una a su casa. Ya está bien —dice mamá, fingiendo un enfado con el que no nos convence a ninguna de las dos.

—Tu abuelo era un cretino, hija —suelta de pronto la abuela.

Mamá no logra disimular su sorpresa.

—Sí, Lía, un cretino y un mujeriego. Como tu marido. Como el marido de Flavia. Como todos.

Mamá no dice nada. Alisa las arrugas del edredón de mi cama y baja la mirada. La abuela se concentra en su zumo de naranja y yo contengo la respiración, esperando que la

nueva descarga de dolor que me paraliza el lado izquierdo remita y me dé unos minutos de paz.

—Y otra cosa —vuelve a hablar la abuela, esta vez dirigiéndose a mí—. Tú no escribes para que te escuchen. Tú escribes para no tener que escucharte y eso es más triste que estar aquí, en casa de tu madre, porque no tienes a nadie que te cuide. A ver cuándo escribes algo que haga que cambie algo.

Mamá y yo nos miramos sin decir nada. Desde que he llegado a esta cama, y de eso hace dos días, no había oído a la abuela pronunciar dos frases seguidas. Fue romperse el brazo y quebrársele la voz. Ya no más palabras. Llevaba un par de semanas de mutismo carcelario, cansino, viejo. Hasta ahora hablaba sólo para pedir, para quejarse, para expresar dolor, pero ya no decía. Hasta esta mañana. De pronto ha vuelto la Mencía entera y a destajo, la de las verdades a duras penas. No la esperábamos.

—No quiero operarme —dice de pronto—. Me da miedo morirme. Y que duela.

Silencio de nuevo. Demasiada Mencía.

—Pero más miedo me da volver a casa de Flavia.

Es extraño llegar a casa y oír el silencio, saber que mamá no está. No está, me repito una y otra vez en el ascensor cuando vuelvo del despacho a mediodía. No están sus pasitos cortos y arrastrados por el parqué, ni su bastón apoyado en cualquier parte, ni ese olor a piel gastada persiguiéndome por la casa. Mamá no está y yo sí. Curioso: ahora que se ha ido, vivo desde su no estar, enmarcada en su ausencia, perdiéndome en mi no saber estar. Vago por la casa como una sonámbula, creo que feliz, creo que ligera. Vacía, aunque vacía de ella. Hasta que vuelva.

—Quizá no vuelva, Flavia —dice Héctor cuando intento explicarle cómo me siento desde que mamá está en casa de Lía.

No le contesto. Sé que eso es lo que él quisiera. También él sabe qué es lo que quiero yo. Que no vuelva.

—Aunque no creo que sea ninguna solución.

Levanto la mirada del plato y le veo concentrado en la pantalla del televisor. Noticias. Algún atentado. Qué sé yo.

—¿Solución? —pregunto un poco a tientas. Las frases lapidarias de Héctor a veces son un anticipo de una mala verdad—. ¿Qué quieres decir?

Héctor enciende un cigarrillo y le da un sorbo al café sin apartar la mirada de la pantalla. Cuerpos ensangrentados que alguien tapa con una sábana sucia. Una mujer llora y otra la abraza. Actualidad.

—Hace dos semanas que tu madre está en casa de tu hermana y no has dejado ni un solo día de hablar de ella. Quizá sería mejor que volviera. Así podrías seguir machacándola y olvidarte de que no sabes vivir sin ella.

Héctor se termina el café de un trago y se levanta. Segundos después, la puerta de la calle se cierra con un chasquido y la soledad de la casa se reordena contra sí misma. «Hijo de puta», pienso con una sonrisa densa mientras pongo en marcha el lavavajillas y apunto un par de cosas que tengo que comprar en la pizarra blanca que cuelga de la puerta de la nevera. Luego vuelvo al salón, me siento en el sofá y apoyo la pierna en el reposapiés de cuero rojo. Me pica la pierna debajo del yeso, pero he empezado a acostumbrarme al picor. Bendito picor. Cuatro semanas más y volveré a caminar, sin yeso y sin muletas. Cuatro semanas y mamá estará de nuevo en casa, quizá curada después de la operación, y todo volverá a ser como antes. Lía no hace más que decirme que contrate a alguna chica que venga a cuidarla durante el día, que mamá se puede permitir eso y más. Tiene razón. Lo que Lía no sabe es que no soporto tener que dormir con ella, tenerla cerca durante toda una noche, notar que su olor me ahoga, escuchar sus ronquidos de vieja, oírla quejarse, lloriquear como una niña porque le duele el brazo o porque tiene miedo. No soporto que me toque, que me busque. ¿Por qué tengo yo que cuidar de ella?